



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

LA QUERIDA.

La querida es el escollo, donde generalmente se estrella la dignidad, la fé, la pasión, el amor, la sensibilidad, el talento, la juventud del hombre. La querida es la parodia de la esposa, la farsa del hogar doméstico, la burla y el sarcasmo de cuanto noble, de cuanto elevado, de cuanto ideal hay en la tierra. Mientras la farsa sea menos grosera, mientras la imitación se aleje mas de la mentira, aun cuando quede á mil leguas de la verdad, mientras el corazón tome en ella mas activa parte, mayor es el martirio; mas grande el desconsuelo; mas terrible el resultado. ¿Qué es el amor? ¿Puede el amor contentarse con el día de hoy? ¿Puede vivir solo del presente? ¿Ha de renunciar al pasado y no ha de dirigir con inquietud una ojeada al porvenir? ¿Qué hombre, qué muger que ama, ó que cree amar, no escudriña, no penetra, no llora, no maldice el pasado del objeto querido? Y ¿qué es el pasado? El espejo, la garantía de lo futuro.

Cuando en alas de la ardiente fantasía queremos obligar al alma á que sueñe una vida de eternos goces, de perpétua é incomparable felicidad al lado de nuestra querida, en los momentos que el corazón late con mas fuerza y los ojos ven con mas dificultad, en esos instantes de horrible espejismo, en que creemos tener muy

cerca la dicha, en esas críticas horas, en esos supremos minutos, la fantasía, el corazón, el alma retroceden por instinto, abandonan el presente, se dirigen al pasado, lo analizan, lo examinan, y encontrando en él una sola mancha, presagian con dolor profundo otras nuevas manchas en el porvenir.

Fingir amor es el oficio de la meretriz. Dios ha querido que la casta esposa ofrezca á su esposo tesoros de ternura inagotables, y algunos hombres, llenos de envidia al mirar tanta ventura en otros, quieren falsear la obra de Dios, imitándola; quieren con oro comprar esos goces soberanos, esos goces que el Omnipotente, no la muger, es solo árbitro de repartir.

Pero ¡qué! la querida, la meretriz, la loreta, dadle el nombre que os plazca, ¿no puede amar tambien á su vez? ¿no puede sentir en su pecho ese sagrado fuego que todo lo anima, todo lo vivifica, todo lo engrandece?

Concedámoslo. La meretriz ama á un hombre y se liga con él por medio de un torpe lazo. El hombre sabe que el oficio de aquella muger, de la cual duda á todas horas porque la duda es el único fruto que engendra tal amor, sabe, decimos, que el oficio de aquella muger es engañar, es mentir, y en cada minuto, en cada segundo, ve el horrible instante de transición del cariño espontáneo al cariño falso, del sentimiento á la mentira en que ella se ha estado ensayando durante su vida entera.



¿Y quién, quién entre los hombres todos es capaz de resistir á los halagos de una muger hermosa, de una muger discreta, que miente amor, que prodiga caricias, que cautiva la mente con dulces palabras y el corazón con blandos suspiros? ¿Quién tiene la fuerza de voluntad suficiente para creer que todo aquello es una impostura? ¿Quién no tiene el amor propio de pensar que, puesto que la meretriz puede amar alguna vez á un hombre, ese hombre es él? ¿Quién tiene la heroica virtud del raciocinio en los momentos de fascinación y de alucinamiento? ¿Quién separa de su frente los labios de una joven... de una joven en la cual lo único que hay feo es el alma, y con pecho sereno y rostro tranquilo la dice «tus palabras, tus miradas, tus suspiros, tus caricias, tus sonrisas, tus lágrimas, tus promesas son el gran trabajo de toda tu vida,—aparta, aparta, que no soy yo quien tú buscas?» Para que un hombre dijera eso á una muger, sería preciso que tuviese el corazón tan gastado como ella.

El hombre ama la hermosura, y por consiguiente está siempre dispuesto á caer en los lazos que esta le tiende. Luego la muger tiene un tacto tan infalible, una sensibilidad tan exquisita, un arte prodigioso... Siempre que se dirige á nuestro corazón, consigue de él lo que quiere. En nuestro corazón hay entusiasmo, hay ternura, hay gratitud, hay mil afectos que la mujer sabe manejar admirablemente.

El arte domina siempre al hombre... ¿Quién no ama, no aborrece, no suspira, no llora con los grandes poetas dramáticos de todos los siglos? ¿Quién no vierte una lágrima al contemplar al príncipe «Hamlet» ó á «Sancho Ortiz de las Roelas»? ¿Quién contiene la risa al oír «El Médico á Palos» ó «El Barbero de Sevilla»?

¡Envidiable poder el del génio! Los grandes artistas nos hacen siempre sentir, son dueños de nuestro corazón; y ¿qué artista puede compararse con la muger? ¿qué poeta juega como ella, con nuestras pasiones? Ninguno.

Figuraos, queridos lectores, la Vénus de Médicis ó la del Capitolio hablando con la verdad de Shakespeare, con el acento de Calderón, con el sentimiento de Lope y con la gracia y naturalidad de Molière, y decidme luego... ¿Habrá algún hombre que no se deje engañar por ella? Pues ese conjunto de perfecciones artísticas, ese ente ideal y fantástico, mas fantástico y mas ideal cuanto mas se le estudia, ese es la muger. ¡Qué mucho que con tal imperio mande en nuestra alma!

Hay, no obstante, mugeres sin pasado, doncellas que se hallan á las puertas de la vida, seres que solo han sentido la mano de Dios y que ignoran todavía cuánto daño hace la mano del hombre. ¡Pobres ángeles, cuya historia aun no se ha escrito! ¡Ojalá que el hombre á quien quepa en suerte tan alta misión escriba un buen libro! ¡Ojalá no añada un volumen mas á tantos otros tristes volúmenes!

¡Rafael, el divino Rafael tuvo también una querida! la pluma se resiste á trazar este nombre. También el autor de Galatea y de las Náyades se inspiró en la admirable belleza de una joven, á quien ha hecho célebre é inmortal. La Fornarina era uno de esos seres sin pasado. Comenzaba su juventud aquella tarde que la conoció Rafael. Ambos se amaron. Ella dió á Santi su alma y él la consagró su musa, su inspiración, su génio. Ella admiraba á Rafael y Rafael ha hecho que la posteridad la admire á ella.

El nudo en que se unieron estos dos jóvenes no estaba consagrado por Dios... Quizá por eso no serían ambos completamente felices al pensar en el mañana. Quizá por eso el tupido velo de la duda limitaría los horizon-

tes de su fogosa pasión.

¡Ay! Entre la Fornarina y las mil cortesanas de Roma existe un abismo. Estas solo inspiran desprecio; aquella hace llorar.

Exhalemos, pues, una amarga queja de las mugeres que nos engañan, y derramemos una lágrima por la memoria de las que nos han querido ó nos quieren todavía.

Ventura Abarzuza.

EL CRISTIANO MORIBUNDO. (1)

TRADUCCION DE LAMARTINE.

¿Qué escucho? del sacro bronce
junto á mi la voz resuena!
¿Quiénes son los que piadosos
con lágrimas me rodean?
¿Qué indica el funebre canto
y esa antorcha amarillenta?
¿Es tu acento el que me hiere,
oh muerte, por vez postrera?
¿Y es al umbral del sepulcro
cuando mi alma se despierta?

¡Oh tú, de celeste fuego
preciosa y viva centella,
inmortal habitadora
de esta vil cárcel de tierra,
no tiembles; la muerte misma
de prisiones te liberta!
Alza tu vuelo, oh mi alma,
sacudiendo tus cadenas;
¿es morir lanzar el peso
de las humanas miserias?

Sí; yá el tiempo há señalado
de mis horas la postrera,
Mensajeros rutilantes
de las moradas eternas,
¿á qué otros nuevos palacios
me arrebatáis por la esfera?
Yá nado en olas de lumbre,
mi horizonte se acrecienta,
y bajo mis pies parece
que huye y se oculta la tierra!

Mas qué! En el solemne instante
que mi espíritu despierta,
¿vienen á herir mis oídos
plegarias y tristes quejas?
Compañeros de destierro,
mi muerte llorais con pena!
Llorais... y en sagrada copa
bebí el olvido, y serena,
tras las borrascas, mi alma
al puerto divino llega!

Sevilla.

Narciso Campillo.

(1) Forma parte esta composición del tomo de *Poetas Religiosas de Lamartine*, que el señor Campillo, con autorización y elogio de su autor, traduce al castellano y dispone para la prensa.

LA FEA.

— ¡Creo en el diablo...!
 — ¡Y yo en Dios...!
 Ambos estaban en su papel.
 (Balzac).

I.

El asunto es nuevo, alarmante, erizado de inconvenientes.

El tipo no puede ser mas digno de un prolijo estudio.

Todo el mundo sabe lo que es una «fea;» pero no todo el mundo lo comprende: han visto la sombra; pero no su densidad; han encontrado el abismo, y lo han respetado.

El retrato de la «fea» es mas que una descripción, mas que un análisis psicológico, mas que una autopsia moral: es un problema filosófico, social, sombrío, poblado de pasiones, teñido de bilis, de rencor, de sangrientos matices.

Parecerá extraño que ni una vez en el curso de esta fisiología nos hagamos cargo del «feo;» pero advertiremos de paso que este es un ser imaginario, un nombre convencional: el «feo» no existe, ó mas bien dicho todos los hombres pertenecen al «sexo feo;» y sabido es que en un pueblo donde todos fuesen reyes, no existiría ningún rey.

Además que Roberto Rubert ha hablado ya del «hombre feo» por autonomasía.

La cuestión versa, pues, acerca de las apóstatas del «bello sexo.»

II.

En la dilatada familia de «las feas,» como en todas las razas clasificadas por los naturalistas, hay un prototipo, un modelo, un ser primitivo de pura casta, figura épica de su género, sublime y refinada.

Este ideal es el que perseguimos.

Para encontrarlo imitaremos á Linneo.

En primer lugar hay «fea-natural» y «fea-accidental.»

«Fea-natural» es la destinada «ab initio» por el Criador para mártir.

«Fea-accidental» es la que por efecto de viruelas, epilepsia ú otro cualquier accidente, se vuelve fea despues de nacida.

Por consiguiente la «fea-natural» es mucho mas sublime: trae en su alma los gérmenes de su misión: y la naturaleza, siempre pródiga, la ha dotado de un alma de «fea.»

En cuanto á la «fealdad-accidental» no imprime carácter.

La «fea-natural» se subdivide en «graciosa» y «sin gracia.»

La «fea-graciosa» no pertenece á este artículo; la «gracia» es una segunda belleza que suple por la primera y á veces la sobrepaja neutralizando sus efectos.

La «fea-natural-sin-gracia» camina ya al perfeccionamiento del tipo, y aun se distingue en «discreta» y en «tonta.»

La «fea-natural-sin-gracia-tonta,» puede decirse que no existe; mas cuando tiene lugar este fenómeno, acontece que las cualidades se desvirtúan mutuamente, produciendo un resultado estéril para la fisiología.

Lo probaremos.

La «tontería» de la «fea» no es otra cosa que un velo de ilusión colocado ante sus ojos, mediante el cual se cree bonita y atribuye á «respeto» el desden de los hombres, propalando que no quiere casarse: ¡cosas todas que se cree la infeliz á puño cerrado! Esta especie

presumida y pedantesca, donde no obra el espíritu corrosivo de la fealdad, abunda poco en las «naturales,» siendo muy comun en las «accidentales.»

Por el contrario, «la fea-natural-sin-gracia-discreta;» la fea sensible; la fea convencida de que lo es, adquiere un ciento por ciento de importancia filosófica y es la que vamos buscando.

Pero aun puede perfeccionarse mas la especie, haciendo una cuarta clasificación en «rica, pobre y de la medianía.»

La «fea-natural-sin-gracia-discreta-rica» apenas puede concebirse.

Es un racimo de palabras huecas.

«Fea» y «rica» no puede ser.

El oro es la luz y la luz disipa las tinieblas.

La fealdad, ceñida con la aureola de D. Félix Utroque, se convierte en hermosura.

La «fea rica» se casa y por lo tanto degenera.

Convengamos en que no existe.

La «fea-natural-sin-gracia-discreta-pobre» es una redundancia, una cacofonia, una monótona repetición.

Volved del revés las razones antedichas.

«Pobre» es sinónimo de «fea.»

Los harapos por sí solos nos hacen quitar los ojos de la persona que los lleva.

Las manos negras nunca son bien formadas.

Las bocas cesantes nunca son bonitas.

Esto en cuanto al que las vé.

Por lo que hace á los mismos «pobres,» tampoco se aperciben de su deformidad.

O mas bien no sienten su complicado dolor.

Cuando se piensa en el estómago se olvida lo demás.

Acaso tambien la fealdad evita tormentos á la pobreza; porque quita á la doncella inteligente la susceptibilidad de pretendientes y pretensiones.

O lo que es lo mismo, la evita la infamia y el rencor.

De consiguiente queda el tipo desprestigiado.

Henos, pues, ya en frente de nuestra heroína: la «fea natural-sin-gracia-discreta de la clase media.»

¡De la clase media!

Meditad esta circunstancia.

Ni noche ni día.

Siempre crepúsculo.

¡Agonía eterna!

III.

El origen de todo lo feo es muy sencillo.

La naturaleza no es mas que un equilibrio de luz y tinieblas, de bueno y malo, de oxígeno é hidrógeno, de «arcilla» y «cristal,» como dice Hugo; de turcos y moscovitas, como se vé en la situación que atravesamos.

La fealdad es necesaria; sin fealdad no hay belleza: donde todo es igual, nada es sublime: de la comparación brota el mérito; si todas las mujeres que hay sobre la tierra fuesen «Adrianas de Cardoville» ó «Dianas de Meridor,» se buscaría una fea como un tesoro inapreciable, ó mejor dicho, lo «feo» sería entonces lo «hermoso.»

¿No adoraban los americanos á «Thaloch,» al sábio buho, y otros ídolos deformes? ¿No era la fealdad digna de apoteosis entre los egipcios? Yo mismo.... ¡Ah! sí: repitámoslo: la fealdad es una necesidad en la naturaleza.

Aplicando esta ley general á la mujer, resulta un no sé qué de injusto que ni sabemos, ni debemos, ni podemos ni queremos analizar.

Hay, sin embargo, una compensación.

La fea «nata,» ó mas bien «innata,» recibe en el vientre de su madre, una grande alma, hermosa, sensi-

ble y fecunda en ingenio.

Apelo á todos los jorobados de la tierra.

Despues estas almas «feas» son torcidas, escépticas, lúgubres, desconfiadas... ¡lo sabemos!!!

Pero es que la sociedad las vicia.

La fea que no sea santa tiene que ser diablo!

Mas conseguid una vez meteros en el corazon de una fea: atravesad con vuestro afecto ó vuestra compasion aquellas cortezas de desengaños, de desprecios, de angustias secretas, de decepciones horribles, y encontrareis el mas puro oro, las mas celestiales lágrimas.

IV.

Nace la «fea;» todos la ponen mala cara: el padre retrocede: la madre se abochorna: despues la compadece... finalmente la oculta.

No está orgullosa de su hija... acaso teme tambien que diga alguna comadre:—«¡Vecina, tiene un aire de usted!»

A esta hijastra de la naturaleza se la cree indigna de un nombre francés ó italiano: se llamará (nada de Julia; nada de Isolina; nada de Amelia) Anselma, Bonifacia, Cuasimoda ó cosa de este jaez.

Las primeros años de la fea los ha descrito admirablemente Honorato Balzac en aquellos tipos relegados, encogidos, tímidos, dolientes, que aparecen en todas sus obras, como víctimas de la doméstica tiranía y juguetes de la cruel hermosura.

Es de advertir hay feas de «¡Jesus!» de «¡Jesus María!» y de «¡Jesus, María y José!»

La última da compasion.

La primera no repugna.

La del medio es la fatal, la predestinada.

Otra vez crepúsculo.

Desgarbada, verde, larga de piernas y brazos, con las manos huesosas, la mirada repugnante, aunque impregnada de inefable melancolía, la boca inútil para la risa, cuyo meteoro fisonómico es en ella una atroz descomposicion; poca armonía en las facciones, las orejas grandes... Hela ahí!

Es hábil, ingeniosa: ella sola se ha enseñado á leer, á escribir, á coser, á bordar, á hacer calceta, á picar papel, á hacer dulces, flores de trapo, y otras manufacturas primorosas.

Sabe religion y moral: tiene todo el almanaque en la memoria: el «flos sanctorum» en la punta de los dedos; conoce muchos cuentos de viejas, muchas consejas de brujas, y es muy beata.

Me parece inútil deciros que todas estas habilidades son nuevas ridiculeces á los ojos de sus hermanas, de sus amigas y de todo el mundo; escepto á los de su madre.

Su madre la tiene un rencoroso amor, una profunda lástima: comprende su situacion y adivina su porvenir... La esconde, la protege y la quiere mas que á todos sus hijos al cabo de cierto tiempo... ¡Porque la hermosura es inaccesible á la abnegacion santa de la fealdad, y la abnegacion de los hijos debe ser la delicia de los padres!

Una «fea» no tiene «amor propio:» hé aquí la fuente de mil virtudes, que al cabo se envenenan. ¡Ay! sabido es que las aguas mas puras, si se estancan y no encuentran desahogo, concluyen por corromperse.

Y, sin embargo, la «fea,» durante su niñez, no cambiaria sus habilidades y su talento por la imbécil belleza de sus hermanas...

Aun no sabe lo que la espera.

Aun no conoce el amor...

Ha llegado á los catorce años.

Aquí principia la epopeya de los sufrimientos, la elegia del dolor.

Ha madurado el fruto.

La bilis toma incremento... la corona del martirio va á caer sobre la víctima.

¡Pobre «fea!»

Hasta el número que viene.

P. A. de Alarcón.

(Concluirá.)

CARLOTA.

Perdí ya el estro y la fé
con que á toda linda moza
de Jerez ó de Cascante,
de Madrid ó de Alicante
canté.

Ya Apolo me deshaució,
y á la orden me resigno
(aunque me consuma el tédio)
que de quitarme de enmedio
me dió.

Si un dia con interés
las tres gracias me miraron,
huyendo de mis desastres
me han privado de sus lastres
las tres.

Aquel tiempo ya pasó
en que el raudal de Hipocrene,
que hoy me saca cieno insano,
bajo mi fecunda mano
manó.

¿Qué he de cantar, justo Dios!
cuando inveterada reuma
me arranca gritos ingratos
y el pulmon entre ululatos
la tos?

Mil donceles hallarás
que te consagren sus liras;
mas, sin dientes y sin muelas,
¿yo idilios, yo cantinelas?
¡Helás!

De mi no se diga, nó:
«ese jubilado vate
quiso hacer un nuevo ensayo,
y al salir de su desmayo
mayó.»

No obstante, ángel del Edén
eres para mi, Carlota,
y muy digna en mi dictámen,
de que todos, todos te amen
Amén!

Manuel Breton de los Herreros.

A PILAR.

Del árbol misterioso de la vida,
niño inocente, me dormí á la sombra
en sueño seductor:

Y al dar á la niñez la despedida,
puso á mis piés el árbol, por alfombra,
los frutos del dolor.

Tú á su sombra lograstes en tu infancia
libre siempre de penas y de agravios,
asilo bienhechor:

Y hoy sus hojas te dan dulce fragancia,
y sus ramas ofrecen á tus lábios
los frutos del amor.

M. del Palacio.

Á UNA FLOR.

—Flor de vivos matices,
reina del bosque,
¿por qué pliegas tus hojas?
—Muero de amores.
—¡Ay flor preciada,
el amor es la muerte
del bien que ama!

Manuel Cañete.

EL EMBUSTERO.

TIPO.

Vamos á bosquejar un tipo cosmopolita; un tipo que se reproduce en todos los pueblos y en todas las épocas; que lo mismo ha vivido bajo la guerrera cota de malla que bajo el diplomático frac de nuestros días.

Este personaje universal, de quien nos proponemos hablaros, es el «embustero» cuyas mentiras no perjudican.

¿Cuál de nuestros lectores no ha conocido á uno de esos hombres que á todas horas tienen la lengua en movimiento, que para todo género de conversaciones encuentran en su historia sucesos que referir, que tratan ó han tratado á todo el mundo, lo mismo á las personas que vivieron en el siglo pasado que á las que vivirán en el venidero? No creemos engañarnos al asegurar que todos habeis hallado en vuestro camino al «embustero» cuyo retrato nos proponemos dibujar.

¡Hay tantos en el mundo!

Nosotros conocemos á uno que nos atreveríamos á llamar el rey de todos.

Como la mayor parte de los que figuran á su lado, posee una memoria privilegiada, una imaginación vivísima.

El tiempo se hace corto mientras habla; con su animada conversación hace olvidar los pesares mas tristes, y por mas que se conozca la falsedad de sus relatos, interesan y no se cansa nadie de escucharle.

Es un hombre feliz, que hace felices á cuantos le rodean.

Si hubiera escrito novelas con la facilidad que inventa episodios, hubiera dado envidia á Dumas, padre, y se hubiera hecho popularísima la lectura de sus libros.

A todas horas se encuentra dispuesto á hacer uso de la palabra: todo lo sabe.

Nosotros hemos llegado á persuadirnos de que conserva en su memoria una edición completa de todas las enciclopedias que han visto la luz pública.

El es amigo de todos los ministros, de todos los partidos: los embajadores le consultan, los diputados le buscan para oír sus consejos, para que les corrija sus

discursos; ha recibido cartas de todos los monarcas de Europa; Maíquez y el príncipe de la Paz fueron sus mejores amigos; la Malibran García llegó á ser una gran artista, porque él la oyó cantar y la dijo:

—Tu garganta es un tesoro; aprende música; canta y adquirirás una fortuna inmensa.

Tiene mucha influencia con los grandes de España; por su consejo se construyó el museo de pinturas; todos los días habla al señor alcalde corregidor de las mejoras que debe introducir; él ha tomado parte en todos los trabajos gubernamentales que se han hecho en España; ha sido casado, soltero y viudo; su esposa ha tenido todos los caracteres imaginables.

Ha podido llegar á ser millonario por diversos caminos, y siempre ha despreciado las riquezas, ha hecho todas las calaveradas posibles y practicado todas las virtudes: ha estudiado todas las carreras científicas y se ha batido con casi todos los generales de Europa; en fin, ha sido todo cuanto hay que ser, ha poseído todo cuanto puede alcanzarse en el mundo, y, sin embargo, la triste realidad le ha condenado siempre á vivir de un empleo de seis mil reales al año.

Hé aquí un verdadero modelo de hombre feliz.

Cuando cumple sus penosos deberes delante de una mesa estractando expediente ó sumando guarismos, está contento porque es honrado y gana honradamente sus veinticinco duros; pero cuando abandona su tarea para entrar en la sociedad, entonces no es venturoso, es venturosísimo.

Eterno soñador, visionario de objetos agradables, narrador chispeante, no hay conversacion en la que no tome parte.

La última vez que nos favoreció con una de sus prolongadas visitas, nos hizo comprender de nuevo los títulos que tiene para ser retratado y conocido.

—¿De dónde viene V. Dominguez? le preguntamos.

—Acabo de llegar de la Granja, me dijo. El ministro de Hacienda ha querido escuchar mi dictámen sobre una cuestion muy importante, y me mandó á llamar.

—Vamos, me alegro; ¿y qué ha visto V. de bueno en el Real Sitio?

—Calle V., si me ha pasado la cosa mas graciosa del mundo! Figúrese V. que antes de ayer me paseaba yo por los jardines de palacio, cuando oigo pronunciar mi nombre detrás de mí. Vuelvo la cabeza y veo á un caballero respetable, que tendiéndome una mano me dice:

—¿Ya no se acuerda V. de mí, Dominguez?

—Francamente—le respondí—no recuerdo.

—Poca memoria tiene V.

—Es cierto; pero...

—No ha viajado V. por Italia?

—Si, señor, ya hace años.

—Y no ha sufrido V. en el mar los horrores de los naufragios?

—Si tal.

—Ya no se acuerda V. de un español que, despues de haber corrido con V. los peligros de la tormenta, le ofreció su amistad al encontrarse en tierra?

—Ya caigo... ¿conque V. fué...?

—Sí, yo fuí... yo soy su verdadero amigo: ahora estoy muy de prisa, añadió; vaya V. á verme, aqui en esta tarjeta están las señas de mi habitacion.

Deja en mis manos la tarjeta, desaparece, y yo, que deseaba recordar el nombre de mi compañero de viaje en el Adriático, la leo y... ¡oh sorpresa! era el infante don Sébastian.

—¡Qué casualidad...! es V. un hombre afortunado.

—Despues le he visto muchas veces. ¡Qué bueno es, qué amable, qué entusiasmo le inspiran los hombres

de talento! A propósito; ¿sabe V. quién ha estado en mi casa esta mañana?

—¿Quién?

—Hombre, ¿quién había de ser? Breton de los Herreros. Ha concluido una comedia, y no ha querido darla al teatro sin saber mi opinion.

—Si, ¿eh?

—Lo que V. oye... Por supuestó que mi opinion fué favorable. ¡Qué chispa, qué talento de Breton! Siempre se lo decia yo cuando estudiábamos, porque los dos nos hemos criado juntos.—Déjalo todo—le decia yo—y escribe comedias: tú has nacido para eso.

—Y de los negocios de Italia, le preguntamos, ¿ha sabido V. algo, le ha escrito á V. Garibaldi?

—No, y me ha estrañado; pero ya se vé, ¡tendrá tanto que hacer!

—Es natural. ¿Y piensa V. salir este verano?

—Quisiera hacer una visita á Eugenia. Como antes de casarse con el emperador de los franceses estaba acostumbrada á verme todos los dias, ahora, que no nos vemos, deseamos la temporada de baños en Biarritz para saludarnos. ¡Qué mujer tan feliz, y qué es digna de serlo!

Nuestro hombre nos refirió mil cosas parecidas á las que hemos apuntado, nos contó infinitas historias y se despidió de nosotros con esta frase:

—Me voy, porque he ganado diez mil duros al alza; quiero emplearlos en fincas, y me estará esperando un agente para tratar de este negocio.

Nuestro amigo nos abandonó, y hasta llegar á su casa creyó en todo lo que nos habia dicho: cuando empezaba á comprender la triste realidad era ya de noche y se durmió.

Habia ganado diez y seis reales en todo el día, y habia vivido con diez mil duros en aquellas veinticuatro horas.

¿No es cierto que un hombre como el que acabamos de bosquejar, que sueña con los reyes, con los infantes, con los ministros, con los hombres mas eminentes, es digno de las líneas que le hemos dedicado?

Nosotros creemos que sí. Este hombre es un tipo, y los tipos merecen ser estudiados.

Juan de Madrid.

UNA SONRISA:

I.

Mi amigo Adolfo y yo.

Con perdon sea dicho de la modestia, mi amigo Adolfo y yo éramos dos esclentes muchachos.

Sentíamos en nuestro corazon algo que nos hacia superiores á todo cuanto nos rodeaba.

Amábamos todo lo grande, todo lo generoso.

Amábamos por consiguiente la virtud. Ella era nuestro guia.

Además amábamos á la mujer.

Este además, de seguro que habrá hecho sonreír á alguno de mis lectores.

Ahora que escribo esto con el corazon frio y la cabeza idem, me parece efectivamente que eso de amar á la virtud como nosotros la amábamos, y de amar al mismo tiempo á la mujer, del modo que á nosotros nos sucedia, es capaz de hacer sonreír á cualquiera...

Pero continuó.

Creíamos tener cada uno, nuestro ángel tutelar.

Yo amaba á... (aquí necesito poner puntos suspensivos.)

Adolfo adoraba á la jóven marquesa de R.

Nuestros dos ángeles se parecían en que eran ángeles.

Por lo demás, el de Adolfo tenia los cabellos rubios y los ojos azules.

El mio tenia negros los cabellos y los ojos.

II.

D. Pantaleon.

D. Pantaleon Lopez Carrillo de Albornóz, Javalquinto y Silva, Romero y Souza, Andrade... etc., etc. (El se firma con una docena de apellidos) era, es, y continuará siendo probablemente mientras viva, un solemnísimo bárbaro.

Un dia mi amigo Adolfo le pisó inadvertidamente á la puerta del café Suizo.

Nuestro hombre prorumpió en gritos y maltrató á Adolfo, que se defendió como pudo.

Como D. Pantaleon era mas corpulento que Adolfo, este rodó por los suelos.

Y era la hora en que un gentío inmenso se dirige al Prado y á la Fuente Castellana por la calle de Alcalá.

¡Y era á la puerta del Suizo!

¿Habrá desafío? nos preguntó un... amigo frotándose las manos.

III.

El desafío.

Yo siempre he creído que un duelo á pistola ó á sable entre dos personas distinguidas, vienen en resumen á ser lo mismo que un duelo á navaja entre dos mozos de cordel que se baten al salir de una taberna.

Matar de una estocada ó matar de un navajazo para mí es igual: todo es matar.

El hecho, en su esencia, es idéntico de un modo que de otro.

Por esta razon he sido siempre contrario á los desafíos.

Adolfo participaba de las mismas opiniones que yo. Así es que no pude figurarme que se le ocurriera la idea de batirse.

No fué poca mi sorpresa cuando le oí decir al dia siguiente.

—Será preciso que me bata.

—¿Estás loco?

—No—me contestó—estoy cuerdo. Creo que un lance de honor es una barbaridad; pero es preciso que me bata; en el café, en la calle en todas partes me señalarían con el dedo...

—Pero...

—No hay pero que valga, los amigos me incitan y... Hice uso de toda mi elocuencia para disuadirle de su empeño. Le hablé de la moral, de la filosofía y como ya he dicho que Adolfo abundaba en mis ideas, poco á poco conseguí al fin convencerle.

Después de una cruel indecision, mi amigo resolvió no volver á acordarse mas del asunto.

Esta determinacion le esponia á la befa de la mayoría de las gentes, es decir, de los necios.

Era valiente y quizás iba á pasar á los ojos del mundo, por cobarde.

Esto era un sublime sacrificio que hacia en aras de

la razon; en aras de sus buenos sentimientos.

IV.

Vuelta al cielo.

Volvamos á hablar de los ángeles.

Era una mañana de mayo, hermosa como casi todas las de este apacible mes.

Yo sabía que nuestras adoradas criaturas iban á las frondosas alamedas del Buen Retiro, á disfrutar de las áuras matinales... y á jugar al volante.

Lo comuniqué á mi compañero y resolvimos buscarlas para estasiarnos, como siempre, ante su vista.

Los jardines del Buen Retiro

«gala de Céfito y Flora.»

como dijo un poeta, estaban encantadores.

El ruido de las hojas de los árboles mecidas suavemente por un viento apacible, se asemejaba á un amoroso murmullo...

Todo era poesía en torno nuestro.

Caminábamos despacio, como gozando de la bella naturaleza.

De pronto llegó á nuestros oídos el ruido de unas voces...

Avanzamos, y en el recodo que formaban dos alamedas, descubrimos un grupo encantador.

Eran ellas, que sentadas sobre el verde césped conversaban con unas amigas.

Nos acercamos sin ser vistos y oímos lo siguiente:

—D. Pantaleon sacudia firme.

—¿Y qué ha resultado?...

—Ese Adolfo es hombre de prudencia...

Esto último lo dijo mi ángel soltando una carcajada.

Todas rieron. En los labios de la mujer idolatrada, por mi amigo, se dibujó también una sonrisa burlona... Me estremecí! Cuánto haría sufrir á mi amigo aquella sonrisa...

V.

Uno menos.

Al día siguiente se batieron á muerte D. Pantaleon y Adolfo.

Este último pereció á manos de su contrario.

El hombre que habia hecho un sacrificio en aras de la razon desafiando las burlas de la sociedad, no pudo resistir á la sonrisa burlona de una mujer...

¡Maldita sonrisa!

VI.

Yo.

Hay días que no pienso mas que en las bellas artes; me acuerdo de Rafael, de Murillo, de Goya y hasta de Churiguera.

Otros días solo me acuerdo de los poetas: leo á Homero, á Milton, al Dante etc.

Por último, hay días que me dá por filosofar.

El día que me levanto filósofo, almuerzo primero, luego, enciendo un cigarro, me arrellano en una cómoda butaca, y reflexiono de la siguiente manera:

«Cuando yo tenga hijas les contaré la historia de Adolfo, para que no se hagan nunca cómplices de un homicidio.

«Si la mujer comprendiese el grande dominio que ejerce sobre el corazón del hombre, quizás hablara siempre con cordura.

Ella es responsable de la mayor parte de los sentimientos, buenos ó malos, que preponderan en la sociedad.

«Si ella no tuviese acerca del valor ideas equivocadas, si comprendiese bien lo que es un crimen, si mirase con el mismo horror al homicida de frac que á otro cualquier homicida, el número de los lances llamados de honor disminuiría, es mas, acabaría por extinguirse.

¡«Cuántas lágrimas, cuánta sangre nos ahorraríamos!»

Y así continuó filosofando gravemente hasta que me traen el coche.

Entonces me voy á paseo.

POEMAS DRAMÁTICOS.

DE

ALEJANDRO POUCKINE.

(CONTINUACION.)

(En verso.)

Gregorio.

Hace mucho tiempo, reverendo padre, que quiero preguntarte sobre la muerte del czarevitch Dmitri. Se dice que en aquel tiempo te hallabas en Ouglitch.

Pimeno.

¡Ay! demasiado me acuerdo. Dios ha querido que fuera testigo de esta mala accion, de ese sangriento pecado. Se me habia enviado á Ouglitch para desempeñar una funcion monástica. Llegué de noche y por la mañana, de madrugada, á la hora de la misa, oí de repente las campanas. Tocaban á rebato. Resuenan gritos y todo el mundo corre á la casa de la czarina. Acudo yo también, encontrando allí á todos los habitantes de la ciudad. Miro y veo al czarevitch degollado y tendido en el suelo y á su madre desmayada cerca de él. Su nodriza sollozaba con desesperacion, mientras que el pueblo furioso arrastraba á la impía traidora aya. De repente aparece el Judas Bitiagofski; entre la multitud feróz y pálido de furor. «Hé aquí el malvado, hélo aquí!» este fué el grito general. Y en un instante quedó muerto. Corrió entonces el pueblo en persecucion de los tres asesinos, que habian huido y escondidose. Cogióseles y se les condujo delante del cadáver todavía caliente del real niño. Y, milagro! el cuerpo empezó á temblar. «Confesad!» gritó el pueblo con un ahullido; y aterrorizados, bajo el hacha, los malvados pronunciaron el nombre de Boris.

Gregorio.

¿Que edad tenia el czarevitch asesinado?

Pimeno.

Cerca de siete años. Ahora tendria... Diez han pasado desde el acontecimiento; no, doce... tendria tu edad. Reinaria. Pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

Con esta narracion llena de lágrimas daré fin á mi crónica. Desde aquella época he tratado poco de conocer las cosas del mundo. Hermano Gregorio, á tí que has iluminado tu razon por medio de la ciencia, trasmito mi trabajo En las horas libres de ejercicios espirituales, describe sin vano orgullo de sabio, todo lo de que seas testigo en tu vida, la guerra y la paz, el gobierno de los czares, los santos milagros de los hombres que han sido gratos á Dios, las profecías y los signos celestes. En cuanto á mí, tiempo es ya que descanse y apague mi lámpara. Pero hé aquí que tocan á misa primera. Señor,

benedicid á vuestros siervos. Dame mi baston, Gregorio (Sale.)

Gregorio solo.

Boris, Boris, todo tiembla ante tí. Nadie se atreve á recordarte la suerte del desventurado niño que has asesinado. Y sin embargo, un recluso, en una sombría celda, escribe contra tí una formidable denuncia, y no escaparás al juicio de los hombres, como no escaparás al de Dios.

(En prosa.)

El palacio del patriarca.

El patriarca, el superior del convento de Tchoudovo.

El patriarca.

¿Ha huido, padre abad?

El superior.

Ha huido, santo uladika, y es ya la tercera vez.

El patriarca.

Bribon, réprobo; ¿De qué familia es?

El superior.

De la familia de los Otrepieff, nobles de Galitz, Desde sus primeros años, tomó la tonsura, no se sabe donde; vivió en Souzdal, en un convento de San Efimio, luego huyó de allá, y ha ido vagando de claustro en claustro, hasta que vino á mi comunidad de Tchoudovo. Y yo, viéndolo todavía joven y de débil entendimiento, le confié á la direccion del padre Pimeno, anciano benigno y dócil. Sabia escribir bien, leia en nuestras crónicas y componia cánticos para los santos. Pero parece que la ciencia no le ha venido del Señor.

El patriarca.

No me hableis de esos sabios. Mirad que se le ha metido en la cabeza: «Seré czar en Moscou!» ¡Ah! vaso llenado por el diablo! No vale la pena de que lo participe al czar; ¿por qué inquietar á nuestro gracioso padre? Bastará dar parte de su fuga al diácono Smirnoff. ¿Qué herejía! «Seré czar en Moscou!» Que se coja á ese afiliado de Satanás, y se le mande á Solofski (1), en un destierro eterno. ¿No es verdad que es una herejía, padre abad?

El superior.

Una herejía, santo uladika, una herejía.

(En verso.)

El palacio de los czares.

Dos boyardos de clase inferior.

Boyardo primero.

¿En donde está el czar?

Segundo.

En su aposento, encerrado con no sé qué hechicero.

Primero.

Su sociedad favorita son los hechiceros, los adivinos y las que dicen la buena ventura. Siempre está dispuesto á interrogar el porvenir, como una joven desposada. Me gustaría saber sobre qué versan sus conjuros.

(Continuará.)

MESA REVUELTA.

Traducción de Morvilliers.

—¿Por qué no te casas, chico?

(1) Monasterio en una isla del mar Blanco, sitio de penitencia para el clero ruso.

—Muy bien soltero mo hallo.

—Tengo un partido famoso.

—Famoso! para el diablo.

—Déjame hablar.—Es en valde

—Catorce abriles!—Canario!

—Es noble.—Será orgullosa.

—Y bella. Peligro magno!

—Con gran talento.—Pedante.

—Y sabe tambien...—Engaños.

—Apasionada.—Celosa.

—Y siempre en casa...—Charlando.

—De dote cien mil escudos...

—Me caso, chico, me caso.

La «Ilustracion» francesa en su última revista, inserta una larga carta de uno de sus principales colaboradores, residente á la sazón en Nimes y testigo presencial de una corrida de toros, verificada en dicha poblacion.

Entre las apreciaciones célebres de este famoso *touriste*, es digna de mencionarse la descripción que hace de la cuadrilla:

«Las puertas del redondel se abrieron (dice este nuevo Dumas) para dejar paso á la *brava gente*, que hicieron su entrada triunfal en el circo. La cuadrilla avanza: tres picadores, cuatro banderilleros, dos espadas, el cachetero y el *albeitar* (vétérinaire) forman la *troupe*.»

Por el principio podrán comprender nuestros queridos lectores, qué tal será la reseña taurómoca del nieto de San Luis. ¡Qué buenas suertes hará el albeitar!

En el teatro de los Campos Eliseos de Barcelona se ha estrenado la ópera-semiseria en dos actos del Maestro Cagnoni *La Valle d' Andorra*, tomado el argumento de la antigua obra francesa del mismo nombre, del célebre Halevy.

Segun nos informa nuestro corresponsal, es una partitura que no carece de mérito, no obstante estar escrita con la ligereza que requiere ese género de música.

Las piezas mas notables son: algunos cantábiles juveniles de la introduccion, la romanza de soprano, y duo de este con caricato en el primer acto.

En el segundo, un ária de bajo coreada, otra ária de tenor y el *raconto* de baritono en su primer duo con el tenor. El rondó final no tiene originalidad. El éxito de esta obra ha sido lisongero para su autor.

Desde nuestra última revista teatral, ninguna novedad ha ocurrido. Los dos coliseos en ejercicio han abierto un paréntesis de silencio, y como el Principal aun no ha inaugurado su temporada de invierno, resulta que estamos completamente en ayunas. Pero en cambio tenemos el consuelo de que dentro de breves dias una actividad desusada, reemplazará á esta prolongada abstinencia de espectáculos.

Solucion á la charada inserta en el número 62 de nuestro periódico:

JULIANA.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSÉ MARÍA RUIZ.

CADIZ 1864.

Ilustracion Gaditana, San Miguel, 18.